

## **Categoría Bachillerato**

### **A 7.000 kilómetros**

Cuando vi a Namibia por primera vez, sentí que no volvería a ver una mirada tan cálida en ningún otro rostro. Sus ojos negros penetraron en mí y no salieron de mi cabeza; cuando me levantaba, los recordaba, cuando la veía, los sentía y cuando me acostaba, los extrañaba. La primera vez que conocí a Namibia (y digo la primera ya que ella me enseñó que las personas no se dejan de conocer nunca) me sonrió y yo, me enamoré. Era nueva en mi instituto, por lo que tenía entendido, se quedaba con la familia de mi vecina, y esta estaba en casa de Namibia, es decir, estaban de intercambio. Desde que había llegado al instituto, Nami (como la llamábamos cariñosamente) había dejado muchas preguntas abiertas. Lamentablemente, lo que más llamaba la atención sobre ella era su piel oscura y su cabello negro rizado. Por este motivo ya había tenido problemas con un chico de su clase, Víctor. Yo lo conocía, no me caía bien. Pero volvamos a mi presentación con Namibia; nos presentó una amiga en común, Silvia.

-Nami, este es Ale, está en 1º como nosotras, pero él está en ciencias, es un empollón.- Dijo Silvia –Ja, ja, muy graciosa Sil –respondí mientras sonreía tímidamente –Encantado.

-Igualmente -me contestó Nami con un español notablemente aprendido.

-¿Estás en la misma clase que Sil? Entonces estás en humanidades ¿no?

-Así es -Se adelantó Silvia antes de que Nami pudiese decir nada. –Se está quedando con la familia de Andrea, pero eso seguro que ya lo sabes. –Noté a Namibia algo inquieta mientras Silvia hablaba, y con razón. Sil era una persona muy habladora, a veces demasiado. Si quieres que todo el mundo se entere de algo, cuéntaselo a Silvia. –Yo tengo que irme, me recogen –la interrumpió Nami –

Nos vemos mañana. –y se dirigió hacia la salida del centro lo suficientemente rápido para que Silvia no la detuviese, y lo suficientemente despacio para no ir llamando la atención.

-Oye Sil, ¿qué le pasó con Víctor? –La chica puso cara de interesante y habló en un tono bajo, casi susurrando. –Pues verás, como ya llevamos dos meses de curso, el único asiento libre que quedaba en mi clase era el del fondo, al lado de Víctor. Pues Nami se fue a sentar y le dice Víctor: “Ni te atrevas negra asquerosa”. Don Gregorio súper enfadado lo mandó al director pegándole gritos, y Víctor salió de clase insultando a los negros y diciendo yo que sé qué chorradas, al final lo expulsaron tres días.

-A veces la gente puede llegar a ser realmente imbécil.

-Y que lo digas. Bueno Ale, me voy que mañana tengo examen de la 2ª declinación de latín y no tengo ni idea.

–¡Que te sea leve!, hasta mañana.

Iba caminando hacia mi casa, pensando en los motivos que podría tener Víctor para estar tan enfadado con Nami sólo por ser negra; no se me ocurrió ninguno. Y pasaron los días. Cada día hablaba un poco más con la que ya era la chica más divertida que había conocido nunca. A veces, nos quedábamos hasta 20 minutos en el portal del edificio hablando cuando volvíamos juntos de clase. Un día, Nami me confesó que le gustaban los Beatles, y que no solía decirlo por miedo a que la llamasen anticuada o vete tú a saber. Lo que ella no sabía era que lo primero que veías cuando entrabas en mi habitación en la pared del fondo, era un póster de Los Beatles del tamaño de un tragaluz, así que al día siguiente, fui a clase con mi disco favorito de los Beatles, “Yesterday” decido a regalárselo y a confesarle que me gustaba algo más que los Beatles. Pero ese día no vi a Nami

por ninguna parte, Silvia me dijo que no había venido a clase y que nadie sabía por qué. Mientras volvía velozmente a mi casa, pensaba en el motivo de la ausencia de Nami, me preocupaba. Tal vez... ¡PUM!. De repente me vi en el suelo. Había estado caminando muy rápido y al llegar a la esquina seguro que me había chocado con...-¡Nami!

-Perd...¡Ale!- se apresuró ella. Me miró durante un par de segundos, y empezó a reírse. -¿Qué es tan gracioso?- pregunté sonriendo. Continuó riéndose un par de segundos más y después me contestó. -¿Qué haces en el suelo? -Me he caído – dije. –Ya, pero ¿por qué no te levantas? –Era cierto, seguía en el suelo y debía de tener una pinta muy graciosa a juzgar por la risa incansable de Nami. Me levanté de un salto y me di prisa en ponerme rojo. A sus carcajadas le siguió un silencio para nada incómodo, un silencio tranquilo y suave, un silencio hermoso. – Hoy no fuiste a...-No- me interrumpió sonriendo. –¿Estabas mala o algo? - ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta? –No me esperaría esa pregunta ni en un millón de siglos. –Claro, ¿dónde quieres ir?- Conozco un sitio estupendo, vamos.

Y la seguí mientras hablábamos de los exámenes de inglés en los que ella era inmejorable, ya que en su país se hablaba inglés –Eso no es justo, deberían de ponértelos muy difíciles –Le dije para picarla, y ella se picaba. Llegamos a una especie de campo que estaba seco debido a la falta de lluvias últimamente. Allí, en medio de tanta tierra muerta, se alzaba un gran árbol, florido y hermoso. Nami se dirigió directamente a refugiarse bajo su sombra. Nos sentamos y hablamos y hablamos. Después de un rato, le pregunté -¿Por qué hemos venido aquí?. -Nami pensó, y luego habló en un tono muy dulce. –Me gusta mucho este sitio, me recuerda al lugar de donde vengo. No sé si lo sabes, pero yo llevo el nombre de

mi país. -¿Tú país se llama Namibia? ¡Vaya! No sé qué nos enseñan hoy en día en geografía, pero llevas un nombre precioso. ¿Cómo es tú país? –Pues verás, es uno de esos países de África que fue conquistado por los europeos, concretamente por los alemanes, así que podríamos decir que es un país “desarrollado”, aunque odio esa palabra, pero no se me ocurre otra. –Nami había aprendido a hablar muy bien el español en tan poco tiempo, pero seguía vacilando en algunas frases. –Está al sudoeste y es muy extremista, me refiero a que puedes estar en Windhoek, en el medio de la gran ciudad, y en poco más de 30 minutos estar en un desierto desolador, o en una preciosa selva. Vivimos bastante bien y yo al menos, soy muy feliz. Me vine a España a aprender español y a conocer otras culturas, y tengo que reconocer que la tuya y la mía no son tan diferentes. –Nami me hizo reflexionar. Antes, cuando me hablaban de África, me imaginaba un sol ardiente, un desierto fatal y mucho odio y dolor, pero ella me describía su país como un lugar hermoso, lleno de vida y progreso. Progreso, nunca habría relacionado esa palabra con África. –Por eso este árbol me recuerda a mi país –continuó- un gran brote de vida en medio de tanta muerte. Se le escapó una lágrima, yo la abracé. Permanecimos abrazados mucho tiempo, quietos, como en un cuadro. No hacía falta hablar, el viento susurraba por nosotros las palabras más hermosas de todas. Lo único que podía interrumpir ese momento, era mi madre llamándome al móvil. Eran las ocho de la tarde y no había pasado por mi casa ni a comer, es verdad eso que dicen, cuando estás enamorado, no tienes hambre. Nami y yo llegamos al portal del edificio y ya íbamos a separarnos en la escalera cuando me acordé del disco. –¡Nami, espera! Tengo que darte una cosa. –Metí la mano en mi mochila y saqué el disco. –Toma, es para ti, y que sepas que si tú eres una anticuada, yo soy un carroza. -Nami se

me tiró a los brazos de la alegría y de repente, se coló entre nosotros un beso, totalmente imprevisto, pero muy bien recibido. Cuando nos separamos no sabíamos que decir, así que sólo se nos ocurrió volver a besarnos. Y así pasaron los días, no besándonos sólo claro, íbamos al cine, a clase, de picnic con nuestros amigos (parecía como si ella en 5 meses hubiese hecho muchos más que yo en 17 años), pero a donde más íbamos era a aquel campo tan único. Pasábamos horas y horas bajo aquel árbol sin decir nada, solos ella y yo. Trascurrieron nueve meses del comienzo del curso, las clases se acabaron, y todos sabíamos que Nami se tendría que ir. Intentamos estar juntos el máximo tiempo posible, hasta el día antes de su ida. –Lo siento mucho por Andrea –le dije –¿por qué? –me preguntó –Porque cuando llegue la gente va a estar más triste por tu ida que alegre por su vuelta. –Se rió, me encantaba su sonrisa, su piel oscura daba una sensación de blanco extremo a sus dientes. Al final se fue; prometimos escribirnos y yo proponer un viaje de fin de curso a Namibia para el curso siguiente. Ya han pasado tres meses desde que se fue, pero nunca la olvidaré. Me hizo reflexionar sobre muchas “realidades” impuestas, sobre la situación del mundo y sobre los prejuicios, pero me hizo reflexionar sobre lo más importante de todo: sobre las personas, tan distintas y a la vez tan iguales. Ahora intento dedicarle un tiempo al recuerdo de dos personas que establecieron un amor sin límite, por encima incluso de los límites geográficos. Cada semana iba a aquel hermoso lugar muerto y me acordaba de ella, me quedaba horas pensando en Nami, en Namibia, África...Un día, mientras meditaba, empezó a llover, y al fin enverdecieron los campos y susurraron sus mejores palabras.

**Ana Falcón Suárez, Bachillerato, IES Arucas-Domingo Rivero**